



# EL TIEMPO

*de los*  
**ESPÍAS**  
**OLVIDADOS**

Pilar Guardiola

EL TIEMPO  
DE LOS ESPÍAS OLVIDADOS

*Pilar Guardiola*

El tiempo  
de los espías olvidados

EDICIONES DOCE CALLES

## EDICIONES DOCE CALLES

© de los textos: Pilar Guardiola Flores

© de la presente edición:  
Ediciones Doce Calles S.L.  
Apdo. 270 Aranjuez. 28300 (Madrid)  
Tel.: (+34) 91 892 22 34  
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-492-7  
Depósito legal: M-26516-2024

Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. Dirijase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.



# ÍNDICE

Capítulo I Alicia . . . . .	11
Capítulo II José . . . . .	19
Capítulo III Entre Liétor y Hellín . . . . .	27
Capítulo IV América . . . . .	37
Capítulo V Buenos Aires . . . . .	53
Capítulo VI La mafia . . . . .	67
Capítulo VII Buenos Aires y sus luces de neón . . . . .	79
Capítulo VIII El Madrid de 1930 . . . . .	91
Capítulo IX Muerte de Alicia . . . . .	101
Capítulo X La quema de conventos, 1931 . . . . .	107
Capítulo XI Los hermanos y el simp Enrique . . . . .	121
Capítulo XII Antonio . . . . .	133
Capítulo XIII Ramiro . . . . .	139
Capítulo XIV La Guerra Civil . . . . .	143
Capítulo XV La quinta columna . . . . .	153
Capítulo XVI Aparece el sipm . . . . .	167
Capítulo XVII La segunda batalla de Brunete 1938 . . . . .	189
Capítulo XVIII Las negociaciones del gamonal . . . . .	199
Capítulo XIX Los espías olvidados . . . . .	209
Epílogo . . . . .	225



## CAPÍTULO I

### ALICIA

No llegué a tiempo de conocer a mi abuela. Tuve que saber de ella a través de las fotos familiares, de los legajos y sobre todo de su presencia en los recuerdos de mi padre.

Alicia, aparecía en nuestras charlas como la mujer generosa e inteligente que soportó la forma de ser del abuelo hasta que se despidió de la vida en aquel hospital de paredes blancas y camas de hierro.

A finales del siglo XIX, en el año 1880, nació mi abuela Alicia en la población albaceteña de Liétor. Mis bisabuelos, Juan y Cayetana, recibieron esta niña como un regalo del cielo. Habían perdido la esperanza de una hija, después de la llegada de cuatro varones. Mi bisabuelo Juan, zapatero de profesión, regentaba un negocio de zapatos, al parecer, el más visitado de la provincia. Mientras el abuelo reparaba el calzado, la bisabuela, Cayetana, estaba al frente del negocio y de las cuentas. Cuando el reloj marcaba las siete de la tarde, cerraba las contraportas de la zapatería y se dirigía a la mesa en donde guardaba los libros de cuentas. Abría despacio el cajón superior tirando de un pomo de latón, bien pulido y con el máximo cuidado sacaba los libros y

apuntaba las cuentas del día. A la luz del candil anotaba las ganancias y el pago de suministros a los proveedores. Era la encargada de la economía, tanto en la tienda, como en el hogar.

Cayetana era una mujer de formas anchas y altura respetable. Dicharachera y generosa, contemplaba la vida bajo el prisma del optimismo y servicio a los demás. La prestancia de aquella mujer detrás del mostrador de calzados era motivo de conversación en la barriada.

—Cayetana, parece que regenta un negocio de pastelería en vez de zapatos.

—Se la ve impoluta con ese delantal blanco de anchas hombreras que sujetan sus caderas.

Desde que abría la tienda a las nueve de la mañana, Cayetana se presentaba ante el vecindario perfectamente aseada. Peinada con un moño en lo alto de la cabeza y una onda hueca alrededor del pelo, aparecía escoba en mano para adecentar la acera de la tierra y el polvo que dejaban el paso de los carros. El moño de Pascuala era famoso porque en épocas de ventisca podría soplar fuerte “El Eolo”, que el peinado no sufría alteraciones. Sabía que la imagen que daba a los demás, era la imagen del negocio. Todo era tratado con suma atención en aquella tienda en donde olía a cuero y a betún.

Mi abuela, Alicia, creció en el ambiente relajado de una familia con recursos económicos que practicaba la caridad a pie de calle y la religión a través del rezo del rosario antes de la cena. Repartía sus días entre la zapatería del padre, el colegio y los paseos al aire libre en la finca que tenía su abuelo cerca de Hellín. Al ser la única mujer de los cinco hijos del matrimonio, su crianza estuvo muy influenciada por los juegos, amistades y proteccionismo de cuatro

hermanos, mayores, que no solamente cuidaban, sino que la instruían en sus chacotas. **Alicia** fue el último intento de unos padres mayores para gozar de una heredera que los acompañara en su último camino.

Con estos antecedentes, mezcla de proteccionismo y realidad vital, mi abuela fue adquiriendo la sabiduría de la vida a base de tropezones, patadas y peleas con los amigos de sus hermanos, en contraste con los mimos, halagos y fragilidades que encontraba en el mundo femenino de sus amigas. Así, entre pependencias varoniles, trajes de organza, lazos en el pelo y caídas en el barro, la educación de Pascuala fue lo bastante completa para entender al género masculino en general y a su futuro marido, José, en particular.

La naturalidad con que se expresaba y la realidad con que observaba la vida la alejaban de chismes y cuentos femeninos a los que tan acostumbradas estaban las mujeres de aquella época.

Analizaba con atención el mundo que la rodeaba a través de sus profundos ojos de color violeta, pero nunca se atrevía a juzgarlo. Aceptaba las costumbres del pueblo, aunque la disgustaran o no las compartiera. En su vida personal, actuaba con libertad masculina, al tiempo que derrochaba gracia y femineidad. En ella, todo era un crisol en donde, modismos y costumbres, se fundían con el avance de los tiempos. Cuando algo salía mal, mi abuela pensaba en las posibilidades que había para que saliera bien y exclamaba: “La próxima vez, será perfecto”. No perdía un segundo en lamentaciones, porque sabía que, en la vida, seguía desplomándose la arena del reloj.

Esta actitud positiva de afrontar el mañana sirvió para hacer feliz a todos los que la rodeaban.

Desde su infancia, Alicia fue el prototipo de los cambios femeninos que traía el nuevo siglo. A la edad de diez años dominaba como cualquier muchacho los juegos de canicas, carreras... Eran sus juegos favoritos. La diminuta cicatriz de la frente evidenciaba la preferencia de sus juegos con los chavales de la calle Canaleja. Los hermanos la mimaban y aceptaban su rebeldía contra las normas que una futura señorita debía de seguir. Conocía todos los juegos destinados al género masculino y era una de las favoritas en la pandilla de los chicos. Era admirada por los jugadores de bolas por su capacidad de concentración y acierto en meter las canicas en el agujero.

Cuando no estaba en la calle, “como un machi rulo”, la encontraba mi bisabuela en el desván de la casa pintando ninfas en la neblina de un lago que no terminaba de aparecer en el dibujo. Con las faldas arremangadas, el negro pelo recogido en un revoltijo imposible, las medias rotas y los botines polvorientos solían aparecer en el comedor, sin necesidad de cambiar tres veces su atuendo.

—Nunca serás una señorita si no cuidas el aspecto.

Cayetana suspiraba y elevaba su mirada al cielo. La imaginación viajaba tras un pensamiento escondido que la hacía desesperar.

—Hoy no tengo inspiración. Por lo demás, no me preocupa la dirección de mi vida dentro del grupo de “señoritas” de esta pequeña sociedad. Me cuesta soñar con pamplinas y amo la libertad con la que vivo al lado de mis hermanos. No necesito gustar a los demás porque me planteo si alguna vez querré estar atada a un hombre.

—Necesitas más amigas y menos chicos a tu alrededor.

La abuela Alicia realmente era una mujer de carácter y gran sensibilidad.

Los que habían conocido su infancia en Liétor contaban a la familia, cómo la abuela vivió una infancia feliz junto a sus hermanos. “No necesitaba preocuparse porque necesitaba poco y el resto lo tenía resuelto. Observadora y reflexiva, escribía notas sobre todo aquello que merecía su atención. Aprendía a comprender y aceptar aquello que se le escapaba. Tenía la fuerte personalidad del individuo que goza de una libertad meditada. Esta fuerte personalidad fue la causa de que José se enamorara perdidamente el día que los presentaron.

Muy aficionada a temas esotéricos, gustaba de sentarse en el poyete de la calle, apostado en la vivienda de la señora Santa.

Santa, mujer religiosa donde las hubiera, había sido iluminada con el don de la videncia y sensaciones paranormales. La fama la precedía y los fines de semana, gentes de otros pueblos cercanos, se acercaban a consultar su futuro o preguntar por algún difunto que parecía no querer irse de este mundo.

Las tardes que pasaba junto a Santa influían para que el sueño de la noche fuera ligero, casi imposible. Después de aquellas increíbles historias, ¿quién podía conciliar el sueño?

Las historias de Santa venían de las creencias populares de los fenómenos paranormales ocurridos en alguna cueva o lugar poco transitado de la provincia. Tras siglos, los relatos habían pasado de unos a otros hasta configurar historias que “consideraban” reales.

Santa, miraba al infinito cuando se disponía a contar a mi abuela hechos misteriosos que corrían por el pueblo.

—Mira, en la sierra entre Cieza y Albacete, desde hace cientos de años, existe una cueva llamada de los Encantados. Es un paraje lleno de misterio. El silencio y la soledad son sus principales habitantes. Pues bien, cuentan que las gentes que pasan por allí, todavía se persignan porque en los sucesos que, a veces, ocurren, ven la mano del diablo.

Algunos caminantes, en los días de invierno, cuando las nubes cubren los campos con su bruma e impiden la visión de la fuente, han visto aparecer una fila de sombras formada por figuras humanas. Tienen la apariencia de soldados de otros tiempos. Lo curioso es que entran en la cueva llamada De los Encantados y desaparecen del final de la fila para volver a ser más numerosos en la cabeza. Caminan despacio, con la dificultad de los que vienen andando muchas millas. Aparecen cansados, desnortados, algunos con las vestimentas haraposas. Los que han tratado de acercarse para contemplar quienes pueden ser huyen despavoridos al contemplar cómo las figuras se disipan tras la bruma...

Alicia no era mujer de susto fácil, pero ciertamente, las historias y visiones de Santa la imponían. La superstición calaba entre las gentes del pueblo y mi abuela no era una excepción. Mi padre Ramiro, años más tarde, me contaba cómo su madre le cortaba las pequeñas uñas detrás de una puerta “porque daba buena suerte”.

Acababa de cumplir diecisiete años cuando mi abuelo apareció en su vida. Alto, de pelo rubio, casi blanco, un pequeño bigotillo cubriendo el labio superior y un gracioso hoyo en la barbilla bastó para que mi abuela quedara atrapada de por vida entre los encantos del abuelo José.

Con él, se fueron al traste sus ideas libertarias; los juegos y amistades masculinas.

Sentada frente al espejo, el pelo negro cayendo desordenado y la cinta de raso tirada en el suelo, cambió el curso de su vida.

A partir del momento en que José había acercado el bigotillo hacia su mano y la había besado, una corriente eléctrica había atravesado su cuerpo hasta colarse en su corazón. Comenzó una ardua tarea sobre el aprendizaje de la coquetería femenina, investigando en revistas y visitando escaparates. Era muy joven y no se daba cuenta de que tan solo con su personalidad y sus profundos ojos había captado la atención del abuelo. Su cuerpo rechoncho y lujurioso bajo un vestido de tul bastaron para que José decidiera que ella era el puerto en donde quería fondear el resto de su vida. Y fondeó...

Alicia y José contrajeron matrimonio al año de conocerse. Mi abuela tenía dieciocho años. Gracias a su belleza mediterránea y al carácter independiente que le había acompañado toda la vida, logró que, durante un tiempo, el abuelo olvidara sus correrías y pueriles aventuras que habían guiado su conducta.

La boda fue motivo de fiesta y regocijo para los vecinos de la calle Canaleja número seis, donde mi abuela había nacido, y en donde disfrutó de una vida cómoda, dentro de la miseria que asolaba España.

Ante el altar, el abuelo se comprometió a amarla y respetarla hasta el fin de sus días. Lo primero, creo que lo consiguió. De lo segundo, no estoy tan segura porque entre ellos, siempre estuvo el océano de por medio...

Alicia murió joven. Tuve la desgracia de que se fuera sin poder conocerla. Los que la trataron la describen como la perfecta madona que fue. Bondadosa, y amante de obras de caridad, repartía su tiempo entre la familia y los pobres que se agolpaban junto a la iglesia. A la descripción familiar hay que añadir el amor y la paciencia que tuvo para con el abuelo. En definitiva, una gran mujer que le daría ocho hijos y grandes dosis de felicidad.

No habían pasado dos meses de la boda cuando Alicia anunció al abuelo la llegada del primer hijo. Sentada en la cama, cubierta de raso y con un lazo violeta sujetando sus cabellos, José pensó en las bellas apariciones que surgían de los cuadros.

Se abrazaron. José la miró con pasión y, acercando sus labios, la susurró, algo relativo al universo que la abuela no llegó a entender porque estaba sumida en el ensueño de sus labios.

En esta segunda entrega, *El tiempo de los espías olvidados*, Pilar Guardiola sigue ahondando en el pasado de su familia. En la primera novela, *Alicia: una saga entre dos siglos*, recupera la trayectoria vital de su abuela Alicia y sus hermanas, un mundo de mujeres que describe con dolor, pero sin rencor, y en el que se mezclan personajes e historias reales con la ficción.

Este nuevo relato, al igual que el anterior, mezclando realidad y ficción, transcurre desde mediados del siglo XIX hasta los años de la postguerra. En esta ocasión la historia se centra en la familia paterna, y más concretamente, en la de los tres hermanos Guardiola: Enrique, Antonio y Ramiro, pertenecientes a los Servicios de Información y Policía Militar (SIPM), junto al mando del general Ungría uno de los servicios de espionaje e inteligencia militar creados por el bando nacionalista durante la Guerra Civil Española y disuelto en 1939. Los escenarios donde se desarrolla son diversos: Jumilla, Lietor, Hellín, Argentina, Madrid y, finalmente, Aranjuez, donde el río Tajo tendrá un protagonismo especial.

**Doce Calles**

